



CAPÍTULO X

ALEMANIA Y LA REFORMA

DESDE EL ADVENIMIENTO DE MAXIMILIANO I HASTA LA ABDICACIÓN DE CARLOS V

(1493-1566)

«Pónese un siglo, y otro siglo amanece —dice Schiller—; nueva vida florece en las ruinas.» Durante varios siglos, la iglesia romana lo guió, lo inspiró y lo penetró todo, sometiendo almas y cuerpos, imponiendo su tutela á los pueblos y á los reyes. Como los Césares romanos, cuyas tradiciones habían reanudado, los Pontífices, atacados del vértigo del poder absoluto, habían abusado de su poderío, y su autoridad, cada vez más exigente, iba pareciendo pesada á la adolescencia de las naciones cuyos primeros pasos había amparado.

En el siglo XIV la Iglesia, cuya historia interior y exterior había sido hasta entonces un progreso continuo, se detuvo, y luego retrocedió. Para asegurar su dominio sobre las almas, quiso ser la única mediadora entre el cielo y la tierra. Todo arranque del alma le pareció sospechoso; exigía un abandono absoluto, una renuncia de la personalidad humana entre sus manos; la única virtud suprema, la condición necesaria para la salvación, consistía en la sumisión á sus

órdenes, y la práctica metódica de las ceremonias que prescribía era su expresión y su garantía. El cielo, del cual disponía á su gusto, le entregaba la tierra. Pero el mundo que había conquistado la conquistó á su vez. Para someterlo primero, para gobernarlo después, había creado la Iglesia una organización complicada, una centralización excesiva que entregaba al papa, no sólo la alta dirección, sino también la administración de la cristiandad. Según había crecido el número de cuestiones políticas, judiciales y económicas, cuya solución había de dar Roma, se habían descuidado los intereses religiosos y la cura de almas. Para hacer frente á las necesidades de un gobierno tan extenso, eran indispensables inmensos recursos, y la Iglesia había acabado por no ser más que una gigantesca máquina rentística, destinada á enviar al centro el dinero necesario. De ahí la importancia creciente de las prácticas materiales, de las ceremonias, de las peregrinaciones, de las indulgencias, que después de haber sido manifestaciones

de devoción, tendían á usurpar el lugar de ésta, suprimiendo toda vida moral.

El clero había padecido tanto como los pueblos con tal transformación de la Iglesia y había sufrido la influencia de la corrupción de las costumbres, favorecida en todas las clases por aquel concepto materialista de la religión y precipitada por la evolución económica que se verificaba entonces. Instrumentos pasivos de una autoridad lejana, reclutados con frecuencia al acaso, los sacerdotes participaban de los vicios de su tiempo, pero su ignorancia ó su mala conducta escandalizaban á los laicos, por lo mucho que contrastaban con la misión que el clero se atribuía. Aquellos abusos provocaron vivas y numerosas protestas; desde el siglo XIII la Iglesia oficial se veía sordamente combatida ó atacada francamente por una oposición que afectaba diversas formas y se inspiraba en principios muy diferentes, pero que traducía con manifestaciones tan variadas el mismo deseo: la necesidad de volver al Evangelio; de una vida religiosa más real y más intensa. Entre los místicos, que protestaban en nombre del sentimiento contra la sequedad de la doctrina oficial, lo mismo que entre los teólogos que atacaban los silogismos de Tomás de Aquino, entre los beguinos y los begardos, como entre los valdenses y los discípulos de Wicliffe y de Juan Hus, se revelaba el mismo cansancio de un régimen que no ofrecía á los fieles, á cambio de la servidumbre que imponía, mas que una serie de fórmulas. Aquellos descontentos fueron preparadores muy indirectos de la Reforma, á pesar de lo que dijeron más adelante los protestantes, deseosos de justificar su rebelión, atribuyéndole orígenes muy remotos. Excepto Wicliffe, todos representaban tendencias diametralmente contrarias á las de Lutero, y su oposición ascética y monacal iba contra los abusos de la Iglesia, mas no contra sus dogmas esenciales ni sus principios vitales. De todos modos, denotaba el malestar general y sostenía un estado de inquietud muy á propósito para preparar la aparición de las nuevas ideas.

La Iglesia desafió victoriosamente aquellos primeros ataques. Á fines del siglo XIV había atravesado una crisis formidable. El

cisma de 1378 fué la señal de un período de anarquía que duró más de medio siglo; el papado, cuyo poder se vió gravemente comprometido, quedó, no obstante, por dueño del terreno; los concilios de Pisa, Constanza y Basilea fueron en último resultado un triunfo de la supremacía pontificia, y la autoridad de los papas pareció tanto más sólidamente asentada cuanto más violentos habían sido los ataques dirigidos contra ella. Los papas creyeron tan bien reprimida la revuelta, que ni siquiera se dignaron vigilar sus últimas agitaciones. Como la cristiandad ya no les inspiraba inquietud alguna, se absorbieron en los negocios italianos, é imitando á sus vecinos los *podestás*, se esforzaron por extender sus dominios ó se dejaron embriagar por el soplo pagano del Renacimiento. Era aquél el último término de la evolución que de siglos atrás venía materializando la religión y transformando al cristianismo en mero medio de gobierno.

Italia, Francia y España, donde la fe no razonaba mucho, protegidas además por sus gobiernos contra las exacciones pontificias, y á veces aprovechándose de ellas, aceptaron la situación. Pero en las razas germánicas, los instintos religiosos siempre han sido más exigentes. La práctica de los sacramentos ó el hábito de una devoción mezquina no eran suficientes para ellos. Clamaban por un libertador que devolviera al hombre el «Evangelio puro». Obra de Lutero fué vivificar la religión, y en cierto modo espiritualizar la fe. La emancipación de la conciencia, en el sentido que hoy la entendemos, había de producir la caída de la unidad católica, pero Lutero no preveía aquellas lejanas consecuencias de su rebelión, que le habían inspirado tanto horror como espanto. Su esfuerzo no se dirigía más que á sustituir la autoridad de la Iglesia por la de la Escritura.

Este mero cambio de lugar del poder entrañaba, sin embargo, un trastorno radical; Lutero no tocaba más que una piedra del edificio, pero era la clave de bóveda de la catedral donde se había arrodillado toda la Edad Media. Por consiguiente, estaba seguro de tener por aliados á todos aquellos que por cualquier razón material, intelectual ó

moral, deseaban un cambio; humanistas cuyos estudios dificultaba la Iglesia, místicos cuyos ardores engañaba, aldeanos abrumados por las cargas feudales, príncipes cuya ambición atajaba el Sacro Imperio Romano germánico.

En ninguna parte había provocado la Iglesia tantos rencores como en Alemania. La curia trataba como á pechero á aquel pueblo que nadie defendía. Los alemanes suspiraban por la hora del desquite con una pasión tanto más amarga cuanto que la constitución del imperio los condenaba desde hacía más tiempo á la impotencia. En Alemania, contra lo que ocurría en la mayor parte de los demás países, donde la señal de rebelión contra la Iglesia procedió de arriba, la Reforma fué revolucionaria en sus principios; el pueblo la animó con sus sueños y la penetró con sus esperanzas; cosmopolita por su programa y por sus consecuencias, debió á aquella intervención íntima de la nación un color determinadamente germánico. Fué como el último remolino de la historia de Alemania en la Edad Media.

Como las demás revoluciones, enturbió un momento la superficie, pero no modificó la marcha regular de los sucesos mas que en cuanto los precipitó. Hacia más de dos siglos que la historia de Alemania se caracterizaba, sobre todo, por los progresos de la oligarquía, que reducía á los pueblos á la servidumbre y á los emperadores á la impotencia. La Reforma aceleró y facilitó su triunfo; tal era la fuerza de la corriente que, obstinándose en ir contra ella, la derrota era segura. Lutero fué al principio sostenido y como llevado por la ola revolucionaria, pero pronto tuvo que buscar alianzas entre los príncipes, únicos que disponían de una fuerza real, y les aseguró la victoria proporcionándoles lo que todavía les faltaba: la conciencia de que su resistencia era legítima. Si Carlos V no logró realizar su sueño de dominación universal, menor parte tuvo en ello Francisco I que Lutero, que fué quien salvó á la Europa moderna del peligro más formidable que ha corrido. En la lucha que se trabó, Alemania se hizo pedazos, y aquella fué la señal de un período de contiendas intestinas en que se vino abajo el poderío

germánico. Pero para echárselo en cara á Lutero, habría que olvidar que Alemania era la más interesada en el fracaso de una tentativa que la habría condenado á no ser más que el instrumento de ambiciones extranjeras. La primera condición para su prosperidad era la ruina del imperio cosmopolita que durante tanto tiempo había imposibilitado todo desarrollo normal.

Además, como todos los hombres que han llevado á cabo en la Historia una misión decisiva, Lutero fué más bien arrastrado por el movimiento que director de éste. La Reforma tomó un carácter político contra su voluntad. Su deseo se limitaba á favorecer la vida moral, á quitar las trabas puestas por el catolicismo al alma que «por medio de continuo esfuerzo debe llegar, por las etapas sucesivas de una especie de ascensión mística, á una revelación, cada vez más abundante, de lo divino». Aun después de que los intereses políticos relegaron á término secundario las primitivas cuestiones de creencia y dogma, la religión siguió siendo para él «un asunto íntimo del corazón, una manifestación activa de la existencia sobrenatural de la persona divina». Nada explica tan bien la rápida resonancia de la nueva doctrina como aquello vago é incierto que conservaba: el programa era lo bastante general y obscuro para agrupar á todos los agraviados por el orden social existente alrededor del jefe que tan osadamente predicaba la cruzada contra la tradición y el pasado.

I.—Alemania antes de Lutero

LOS PRÍNCIPES.—Después de muerto Federico II, pareció Alemania estar en vísperas de una disolución completa. La había preservado de ella la constitución de una oligarquía principesca que había creado una serie de puntos de enlace y de concentración. Aprovechando las lecciones de la clase media, cuya administración copiaron más de una vez, los príncipes, mientras extendían sus dominios, proseguían la creación de un organismo político superior, y acrecentaban su poder á expensas, tanto del emperador á quien despojaban, como de la

nobleza secundaria, á la cual iban reduciendo á la sujeción. Su jurisdicción era soberana en sus tierras; proclamaban la indivisibilidad de sus posesiones y poco á poco creaban un vínculo real entre las diversas partículas de su Estado y fortalecían la idea dinástica. Los juristas formados en la escuela romana aplicaban á los procedimientos de gobierno los métodos del derecho civil, y perseguían sin descanso las tradiciones particularistas y los privilegios de casta. Desde mediados del siglo XV los príncipes veían con mucha claridad el objeto perseguido, y la oposición se doblegaba en todas partes antesu voluntad firmísima de poder absoluto. La herencia del imperio, cuya decrepitud se acentuaba, no podía escapárseles.

Ya empezaban á descolgar algunas casas más afortunadas ó más hábiles, como la de Hohenzollern en Brandeburgo, la de Wittelsbach en Baviera y el Palatinado, la de Wetin en Sajonia y la de Zähringen en Suabia. Con mucha lentitud se fueron elevando á una comprensión clara de sus verdaderos intereses, todavía no libres por completo del feudalismo en que tenían sus raíces. No hay, pues, derecho para echarles en cara su desconocimiento de las necesidades generales de la nación. En realidad, sus competencias sostuvieron la confusión universal; la rivalidad entre Hohenzollern y Wittelsbach perturbó á toda Alemania. Cualesquiera que fuesen sus orígenes y programas, no tenían más señor que su interés, y todos los medios parecían buenos para conseguir el objeto

de su codicia. Las perfidias de los príncipes alemanes no estaban hiladas tan hábilmente como las de los *podestás* italianos de la misma época, pero la dureza, el egoísmo, el desprecio á las leyes humanas y divinas no eran menores al Norte que al Sur de los Alpes. Alberto-Aquiles de Brandeburgo (1414-1486) y más todavía Federico el Victorioso ó «Fritz el Malo», elector palatino, fallecido en 1476, son los tipos de aquella generación realista y violenta, ávida de dinero y dispuesta á adquirirlo por todos los

medios, y á la cual se ha juzgado honrada porque era grosera. Rodeados de humanistas y jurisconsultos, dispuestos á todos los cambios, eran maestros en las sutilezas de la nueva diplomacia, sin renunciar á ninguno de los instintos batalladores de la raza. Tenían ambicio-

nes vastas, pero escasas fuerzas; sus rivales no dejaban de vigilarlos. En la partida cuya puesta era el porvenir del país, los adversarios eran jugadores tan listos que no se podía hacer ningún juego decisivo, y lo insignificante de las ganancias hacía más odiosos los procedimientos.

LOS HABSBURGO; MAXIMILIANO I.—El pueblo los hacía responsables del malestar que sufría y les acusaba de la decadencia de Alemania en el exterior. En las imaginaciones no dejaban de flotar lejanos recuerdos y grandiosas esperanzas, y para librarse de lo presente se refugiaban en el pasado, soñando con la vuelta de aquellos Hohens-
taufen que tanto habían extendido y elevado la gloria de Germania. ¿Cuándo surgiría



Obispo y chantres de la primera mitad del siglo XVII
(Cuadro atribuido á los hermanos Lenain)

el emperador que había de dispersar á tanto bandido vulgar como se disputaba sus despojos?

Al morir Federico III (1493) las posesiones hereditarias de la casa de Austria abarcaban toda la Germania meridional. Al Este y al S. E., Austria, Estiria, Carintia, Carniola, la Marca vendá, Goritz y Gradisca; la Istria y el Tirol austriacos formaban una masa compacta que se alargaba muy en lontananza hacia el Oeste por el Tirol y el Vorarlberg; Suiza había conservado su independencia, pero en Alsacia y á ambos lados de la Selva Negra, conservaban los Habsburgo importantes dominios que sostenían su influencia en las regiones del Alto Rhin y del Danubio Superior; la herencia del Temerario les abría la Alemania del Este y del Norte; desde Viena vigilaban á Bohemia y á Hungría, donde ya había reinado su raza, y donde tratados hábilmente concebidos les reservaban derechos eventuales.

La constitución de una monarquía poderosa en las fronteras de Alemania fué muy ventajosa para el imperio, y los Habsburgo tienen derecho á la gratitud de la nación cuya infancia dificultosa y larga protegieron, y que defendieron, en resumen, con buen éxito contra Francia, los eslavos y los turcos á un tiempo. Justo es añadir que su política nunca se inspiró más que en consideraciones dinásticas, y que sacrificaron ó abandonaron á Alemania cuantas veces convino á sus intereses.

Federico III había preparado la grandeza de la casa de Austria, y Maximiliano I (1493-1519) la fundó en realidad. Casando á su hijo Felipe el Hermoso con la hija de los Reyes Católicos (1496), preparó la reunión de Austria y de los Estados españoles; con los tratados de Presburgo y Viena (1515) y el casamiento de su nieto Fernando con Ana, hija del rey Uladislao (1516-1521), preparó para sus herederos la posesión de Bohemia y Hungría. Federico III creía en la nigromancia, y leía en los astros la promesa de la dominación universal; se consolaba de las tristezas presentes inscribiendo en todas partes, en sus libros, su vajilla, sus diamantes y su sepulcro, las cinco letras fatídicas A E I O U (*Austria est imperium orbis uni-*

versi ó Alles Erdreich ist Oesterreich unthertan). Su hijo parecía tocar á la meta. No se verificaba ningún acontecimiento en el mundo sin que en él interviniera; no había guerra en que no ganaran gloria sus lansquenets (1486); general mediano, pero muy inteligente en cosas militares, con conocimientos técnicos muy extensos, había reglamentado en persona su organización, traje y armamento. El viejo instinto batallador de Alemania gustaba de aquel choque de armas y olvidaba á veces la anarquía que la devoraba.

Maximiliano, en las innumerables aventuras á que le impulsó su afición á las agitaciones, se nos presenta como un *condottiere*. Salió á la conquista de Europa antes de haber pensado en asentar sólidamente su autoridad en Alemania. La nación esperaba de él la restauración del imperio, y le habría ayudado gustosísima. Robusto y bien formado, cazador intrépido, ducho en todos los ejercicios caballerescos, se le quería por su valentía, por su digna afabilidad, por la viveza de su espíritu abierto á todos los soplos de los tiempos nuevos. Conocía el encanto que ejercía y se aprovechaba de él, como verdadero hijo del Renacimiento, elocuente y osado, lleno de juventud y confianza. Pero le faltaban las dos virtudes cardinales del político: la perseverancia y la ponderación. Más variable que pérfido, desconfiado y crédulo, siempre concibiendo proyectos y esperanzas, se desanimaba al primer fracaso y ni aun el buen éxito podía vencer su inconstancia. Los príncipes, á quienes alarmaba su popularidad y que querían aprovecharse de sus múltiples preocupaciones para arrancarle alguna otra pluma al águila imperial, habían encontrado jefe enérgico y hábil en Bertoldo de Henneberg, arzobispo de Maguncia, cuyos proyectos, de haberse logrado, habrían transformado al imperio en una confederación oligárquica. Maximiliano burló sus planes, y aunque vencido momentáneamente en la Dieta de Augsburgo (1500), tomó el desquite en 1504, pero sin sacar gran partido de la situación; no es esto decir que su reinado fué completamente estéril desde el punto de vista constitucional, pero la *Paz Perpetua* de

1485, el establecimiento de la *Cámara Imperial* y la organización de los *Círculos* (1500, 1512, 1521 y 1522) no fueron, en resumen, más que paliativos insuficientes. El emperador seguía careciendo de ejército y hacienda, y las votaciones más saludables seguían siendo letra muerta. «Los príncipes —dice un libelo contemporáneo— no quieren hacer ningún sacrificio por el imperio, ni

por la seguridad del país, ni por el establecimiento de la justicia.»

Á pesar de las frecuentes Dietas, donde se discutían encarnizadamente medidas que todo el mundo olvidaba en seguida, no se daba un paso. «Caían las instituciones antiguas, sin que se alzaran otras nuevas; ya no existía el imperio viejo, pero no se le sustituía con nada.» El estado de incertidumbre en que se vivía hacía dos siglos, en que se discutían todos los dere-

chos y se dudaba de todos los deberes, sostenía en las almas una inquietud general y una sorda fermentación revolucionaria.

LOS CABALLEROS Y LAS CIUDADES.—El instinto de rebelión era más general en la pequeña nobleza, por ser la clase que más padecía con los acontecimientos y más amenazas veía en el porvenir. La decadencia de la caballería alemana procedía del siglo XIII; amenazada por los progresos de la oligarquía principesca, arruinada por la evolución económica que disminuía el valor de la propiedad territorial, no tenía razón de ser desde la transformación radical verificada

en el arte de la guerra y se había convertido en peligro permanente para el orden público. Los caballeros del Rhin, de Suabia y de Franconia habían logrado, sin embargo, hasta entonces sostener su *inmediatización del imperio*. La mayor parte de los demás habían tenido que sufrir el dominio eminente de soberanos poderosos, pero habían salvado del naufragio parte de sus privilegios.

Aparecían unos y otros como residuos de una edad muerta, cuyas prácticas intentaban seguir. La guerra, que había sido el origen de su fortuna, era su ocupación principal y su única industria. Esparcidos á través del imperio, y en conflicto permanente con todos sus vecinos, formaban como un vasto ejército, dispuesto siempre á la insurrección contra un orden social que para establecerse definitivamente necesitaba su rui-

na. Obsesionados por los recuerdos del pasado, mezclaban con sus deseos de desquite personal sueños de restauración imperial, uniendo un patriotismo sincero con un odio feroz á la oligarquía y á las ciudades.

Así como los príncipes representaban el único poder político real subsistente en Alemania, las ciudades detentaban, con la riqueza, la influencia social y la alta dirección de los espíritus. Uno de los economistas más notables de nuestra época (1) no ve en

(1) Schmoller, en un importante trabajo sobre la época de la Reforma, publicado en la *Tübinger Zeitschrift für staatswissenschaften*, 1860.



Maximiliano I (Grabado antiguo)

los cambios ocurridos en el orden social en Europa hasta hoy más que «las consecuencias secundarias de la revolución que en el siglo XIII hizo de un pueblo de aldeanos otro con ciudades prósperas, comercio activo y colonias florecientes, sustituyendo á un régimen fundado en la agricultura con otro régimen fundado en el dinero y en el crédito». Tan rápido fué el movimiento, que desde fines del siglo XIV las ciudades, que apenas existían siglo y medio antes, quisieron guiar los destinos del país. Asqueadas de la política en grande por su derrota de 1388, envidiadas por los príncipes, y sin ilusión alguna acerca de sus intenciones, hostiles á proyectos de reforma constitucional, cuyas costas les exigían que pagasen, y cuyas ventajas no veían muy claras, se les hacía poco caso en las Dietas, donde su posición era equívoca y donde siempre fueron discutidos sus derechos, pero los observadores más perspicaces las reconocían como una de las fuerzas más sólidas del país. Medianamente pobladas (Francfort en 1441 no contaba más de 10.000 habitantes, Estrasburgo y Nuremberg unos 20.000), sucias y mal edificadas, eran el centro de una gran actividad industrial y mercantil. Conservan su celebridad los nombres de Fugger y Welser, aunque no eran más que los representantes más ricos de una poderosa aristocracia financiera que dominaba el comercio de Alemania con la Italia del Norte, los Países Bajos y Oriente, y disponía de enormes capitales. Los alemanes pasaban entonces por maestros en artes sutiles, y son prueba de su superioridad industrial sus invenciones, como la afinación, la relojería y la imprenta.

Protegidos contra cualquier sorpresa por sus recias murallas, solicitados de nobles y soberanos que necesitaban su crédito, los burgueses dominaban toda la vida intelectual y moral de su época. Los príncipes imitaban sus procedimientos de administración; sus *maestros cantores* sustituían á los *minneringer* de la época caballeresca; la nobleza copiaba sus modas. La fortuna, adquirida hartamente, los había embriagado algo, y sus modales olían bastante á advenedizo; su lujo era chillón y sus costumbres brutales. Los hábitos de especulación muy

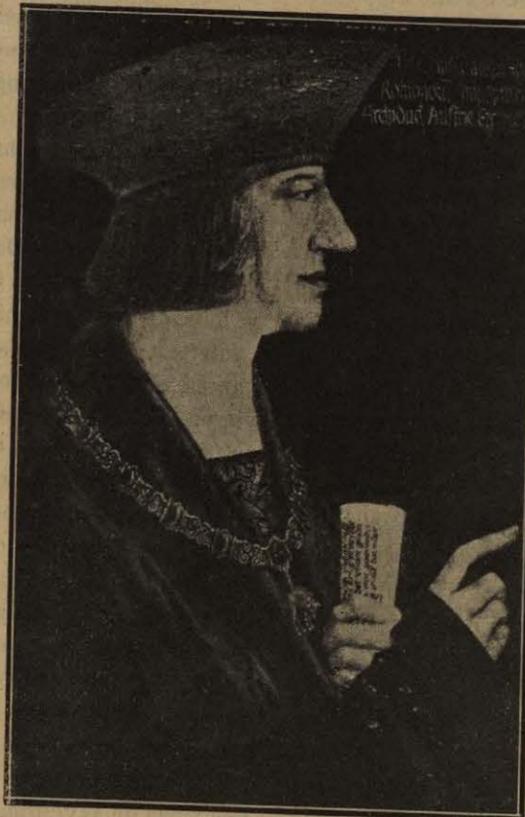
extendidos y los cambios de condición que llevaban consigo tuvieron por consecuencia, como suele ocurrir, el frenesí en los placeres, la afición al derroche y una licencia de costumbres de que son testimonios convincentes las bromas de Carnaval, los libelos y hasta los sermones. La embriaguez, el pecado de Alemania, empezó á convertirse en arte. Sin embargo, y á pesar de todo ello, las libertades municipales habían favorecido el desarrollo de una población laboriosa y valiente, activa y sana, cuya inteligente iniciativa se manifestaba tanto en el dominio de la literatura y del arte como en el de los intereses materiales. Esas mismas cualidades la hacían más accesible á la enfermedad moral que reinaba á su alrededor: sufría el malestar provocado por la anarquía política. Hasta dentro de las ciudades las luchas de clases eran muy ardientes; mientras la alta burguesía acaparaba el gobierno y solía explotarlo en beneficio propio, los artesanos y la plebe aguardaban y reclamaban una revolución. «Entre ricos y pobres—escribía ya en 1402 el cronista de Magdeburgo—reina un odio muy antiguo: los pobres odian á todo el que posee.»

En las ciudades, el descontento era más intelectual y teórico, pero las palabras de rebelión que de ellas partían despertaban en los campos eco amenazador. Los bienes, y sobre todo los municipios libres, escasearon desde entonces. Todavía no eran los campesinos la «miserable raza de esclavos» de que habló Sebastián Munster en el siglo XVI, y su condición material era generalmente soportable, sobre todo en la Alemania meridional. Pero se sentían empujados poco á poco á una situación inferior, amenazados por las exigencias crecientes de los señores, por las necesidades nuevas de los Estados que se constituían, por los progresos del derecho romano que, en su afición á la uniformidad, reducía á servidumbre á todos aquellos que no disfrutaban completa libertad. La irritación social siempre está en razón directa, no de la opresión real, sino del sentimiento de la injusticia, y en el caso de que tratamos acrecentaba aquella irritación la convicción de que la hora era decisiva y de que vacilación más prolonga-

da confirmaría para siempre la esclavitud.

LA IGLESIA.—Era natural que se achacaran á la Iglesia todos los abusos; no eran los menos escandalosos los suyos. Las *asmatas*, las *reservas*, las *gracias expectativas*, las tasas de todas clases, las apelaciones á la curia romana, representaban una red maravillosa que extraía lo más saneado del dinero del pueblo. En Roma todo se vendía, desde los arzobispos más ricos hasta las abadías más modestas.

Los compradores, á su vez, querían reintegrarse de lo desembolsado, y no pensaban más que en enriquecerse. Formáronse compañías comerciales para arrendar la explotación de los beneficios eclesiásticos. Semejantes procedimientos alejaban de los cargos de la Iglesia á los hombres de ciencia y devoción. El favor, la intriga y el dinero, eran lo que determinaba los nombramientos. Se concedían curatos importantes á extranjeros que no



Maximiliano I (Museo del Louvre)

sabían una palabra de alemán y á cocineros que no entendían de letra; no era posible que tomaran en serio sus deberes. Los canónigos jóvenes eran terror y escándalo de las poblaciones; los obispos, que carecían de vocación y procedían generalmente de la nobleza, compartían las pasiones de ésta y se metían en sus contiendas. «En cuanto ocurría algo desagradable, en cuanto se encendía la guerra, se echaba la culpa al obispo, al prior, al deán ó al párroco.» Á pesar de las lamentaciones de los concilios y de los mandamientos de algunos prelados, no se observaba el celibato, y sus infraccio-

nes sólo se castigaban con multas leves. Tan extendido estaba el mal, que los reformadores no veían otro remedio que la supresión del voto de castidad. En los claustros, sin exceptuar los de mujeres, el desorden era más general todavía. Podrían parecerse exagerados los relatos de los satíricos si no los confirmaran completamente hechos precisos y documentos oficiales, de modo que no puede quedar duda alguna.

Verdaderamente, era meritoria en los alemanes su firmeza en la fe, á pesar de todo. Parece que nunca estuvieron las almas más ávidas de devoción. En ninguna época fueron más suntuosas y abundantes las construcciones religiosas. El arte gótico, cuya decadencia ya era visible, disimulaba los desfallecimientos de su inspiración con la suntuosidad de las decoraciones y lo caprichoso de la ornamentación. En los altares resplandecían los dorados, y en los reli-

carios deslumbraban las piedras preciosas. Millares de fieles se aglomeraban en procesiones, ceremonias y peregrinaciones. «Colonia la Santa» se enorgullecía de sus diez y nueve parroquias, sus veintidós conventos, sus doce hospitales, sus capillas en que, según el dicho popular, se decían mil misas al día. Por todas partes había cofradías que solicitaban la caridad pública, abrían establecimientos hospitalarios, fundaban asilos, sin que tan gran esfuerzo de caridad diera resultado práctico; inmenso tropel de vagabundos vagaba por Alemania, y un contemporáneo calculó que de cada quince personas trabajaba una.